

SEGOVIA

El Presidente no fue quien puso la cara durante la crisis sanitaria. No asumió su responsabilidad.

Problemas de elegancia

RAFAEL SEGOVIA

Señales del juicio son ver que todo lo perdemos. En una fotografía vemos a todo el gabinete descorbatado, como unos vacacionistas o unos haraganes, faltando a las más elementales reglas de la educación que como buenos panistas deben observar ante todo. A los hombres de poder no se les puede exigir lo que se pide a los comunes mortales. Así, el mismo día que se nos pide reintegrarnos al trabajo se nos impone presentarnos sin corbata. ¿Por qué? Nadie lo sabe, porque ese mismo día aparece una fotografía del Presidente con corbata y banda presidencial, para probar que lo que se pide al *vulgus pecus* a él no le concierne, como tampoco al presidente del Senado, y al lamentable gobernador de Puebla. Todo esto es un lío de contradicciones.

Según la prensa, en el aniversario del 5 de mayo no hubo invitados. Sólo asistieron unos cuantos cadetes del Colegio Militar. Pero según se nos cuenta ese mismo día empiezan las giras presidenciales porque empieza a oler a chamusquina: algo se está quemando. No será la corbata ni la banda presidenciales, ajenos a infecciones y contagios, será su portador ausente durante los primeros días, que estábamos como ahora sin saber adónde íbamos, pero quien debía estar presente y visto era como se decía en un tiempo pasado el primer magistrado de la República. No se le vio, daba instrucciones, el secretario de Salud cargó con los muertos, puso la cara y el valor por delante, hablando -no es un orador- con modestia y una seguridad solicitada por el público.

Un buen día apareció sin corbata; se atribuyó a que era feriado. Se atribuyó a que sería nada más ese día.

Siguió la moda. Una moda molesta porque no tenía explicación alguna.

En mi *Alma Mater*, como dicen los cursis, no se admitía que alguien, en mi facultad, pretendiera entrar en un aula sin corbata. Daba lo mismo que el profesor fuera marxista, imperialista, o guadalupano rabioso. Que a clase se iba con corbata, era algo que no se discutía. No era disposición de nadie, o mejor dicho, era una disposición de todos, era una muestra de respeto por la facultad y por los profesores, los cuales mostraban el mismo respeto por los estudiantes. Aquello fue algo

que incorporé como se incorpora de verdad la educación, sin darme cuenta: jamás he ido a clase descorbatado y he insistido en que vayamos todos debidamente presentados, al menos los profesores. No lo he logrado. Los profesores ahora prueban su libertad vistiendo como auténticos charranes, como si fueran a una feria de pueblo.

En el museo de antropología, donde trabajé -es un decir- algunos años, encontré revolviendo cajas y cajones un birrete de profesor de la Universidad de México. Era una pieza única, negro, de seda, ochavado, de una forma singular: en su centro había una especie de tallo vertical y de él salían ramas que iban de mayor a menor, de las cuales colgaban unas bolitas de colores, ya desvaídos. Sabía que era de nuestra universidad -desde luego no de la Libre de Derecho- por un retrato del doctor López Portillo, que colgaba en el aula Justo Sierra de la Facultad de Filosofía y Letras con toga, birrete y muceta, donde en un recuadro se decía que era profesor de la univer-

sidad. Era una prueba de la antigüedad de la casa. No sé adónde fue a parar el birrete, alguien, con un mínimo de gusto, lo incorporó con otras piezas que allá se encontraban: un garrote vil, con una rueda gigantesca que servía para apresurar la ejecución del sentenciado, una bandera española blanca, con una cruz de San Andrés roja en el centro, la última, según decía un letrero en la vitrina donde estaba expuesta, la última que se izó en San Juan de Ulúa. Con el birrete y el garrote, alguien se nos clavó. Así se cuida el patrimonio histórico de México.

Hay algo de lo que no nos podemos librar fácilmente: de nuestra conciencia. Basta ver las fotografías que con todo cuidado filtra la prensa de Felipe Calderón para saber cómo las está pasando. Es un caso típico por el que hemos pasado todos, el de hacer algo con plena conciencia de que no debíamos hacerlo: en este caso permanecer encerrado en su casa mientras el país quería saber que había alguien dispuesto a aceptar responsabilidades en Los Pinos. Salió cuando a nadie le importaba, cuando todo lo hecho estaba mal. México perdió una imagen internacional que había logrado en gran parte la Secretaría de Relaciones, porque tuvo que eliminar ciertas actitudes arrogantes. Hay que volver a buscar a los países la-



Continúa en siguiente hoja

Fecha 15.05.2009	Sección Primera - Opinión	Página 12
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

tinoamericanos e ignorar esas actitudes de resentimiento que no nos llevan a ningún lado.

Los triunfadores han sido quienes no se han sentido afectados por la enfermedad, quienes no saben siquiera cómo se transmite. ¿Por la corbata? Quienes han prescindido de esta prenda quizás se hayan sentido más libres y en un descuido miembros del gabinete.